

## EL ENIGMA DE LA ANGUSTIA: UNA LECTURA DESDE LA FALTA

The enigma of anxiety: a reading from the perspective of lack

Rodrigo Andrés Pantoja Manríquez<sup>1</sup>

Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile

ropantoja@uc.cl

### Resumen

En una de sus conferencias, Freud sostiene que la angustia es un enigma fundamental cuya resolución podría aportar una comprensión más profunda de nuestra vida anímica. En línea con esta perspectiva, el propósito de este escrito es explorar este enigma con la intención de revelar lo que esconde la angustia más allá de sus manifestaciones sintomáticas. Para lograr este objetivo, el presente trabajo establece un diálogo entre dos arquetipos de la angustia: el “trauma del nacimiento” (Freud) y el concepto del “pecado original” (Kierkegaard). A través del análisis de estos arquetipos, se descubre la angustia como un estado que aparece (a) frente a un peligro amenazante; (b) frente a la posibilidad de privación y no ante un objeto concreto; (c) frente a la constante posibilidad de repetir lo angustiante; y (d) acompañado del sentimiento de culpa como carga que mantiene presente la amenaza de la pérdida. Tras el diálogo con los arquetipos, surge la noción de la angustia como un estado que revela un punto de no retorno en el cual se introduce la falta. En última instancia, se incorporan algunas ideas de Lacan para explorar lo que permite la incorporación de la falta en la vida psíquica, así como para introducir un contrapunto gracias a su conceptualización de la angustia como “falta de falta”.

Palabras clave: angustia, falta, psicoanálisis, Freud, Kierkegaard.

### Abstract

In one of his conferences, Freud argues that anxiety is a fundamental enigma whose resolution could provide a deeper understanding of our mental life. In line with this

---

<sup>1</sup> Psicólogo por la Pontificia Universidad Católica de Chile.  
<https://orcid.org/0009-0000-8214-9113>

perspective, the purpose of this paper is to explore this enigma with the intention of revealing what anxiety hides beyond its symptomatic manifestations. To achieve this goal, this paper establishes a dialogue between two archetypes of anguish: the “birth trauma” (Freud) and the concept of “original sin” (Kierkegaard). Through the analysis of these archetypes, anxiety is discovered as a state that appears (a) in the presence of a threatening danger; (b) in the presence of the possibility of deprivation and not in the presence of a concrete object; (c) in the presence of the constant possibility of repeating what is distressing; and (d) accompanied by the feeling of guilt as a burden that keeps the threat of loss present. After the dialogue with the archetypes, the notion of anxiety emerges as a state that reveals a point of no return in which lack is introduced. Finally, some of Lacan’s ideas are incorporated to explore what enables the incorporation of lack in psychic life, as well as to introduce a counterpoint through his conceptualization of anxiety as “lack of lack”.

Keywords: anxiety, lack, psychoanalysis, Freud, Kierkegaard.

*Fecha de Recepción: 10/03/2024 – Fecha de Aceptación: 08/05/2024*

Según Freud, “el problema de la angustia es un punto nodal en el que confluyen las cuestiones más importantes y diversas; se trata, en verdad, de un enigma cuya solución arrojaría mucha luz sobre el conjunto de nuestra vida anímica” (1917, p. 358). En virtud de esta cita, el propósito de este escrito será indagar en este “enigma” con la intención de arrojar alguna luz sobre la angustia y revelar algo que resulte más subyacente o fundamental que sus manifestaciones sintomáticas.

Para abordar esta problemática, propongo abrir esta investigación desde dos arquetipos de la angustia: “el trauma del nacimiento” (Freud, 1917; 1926) y “el pecado original” (Kierkegaard, 1982). El motivo de esta propuesta recae en que ambos modelos permiten concebir la angustia a partir de una situación originaria que, además de manifestar su estado primitivo, presentan la angustia como un fenómeno configurador de la vida humana. En este sentido, la razón para trabajar con estos arquetipos guarda relación con desarrollar la angustia desde su origen, para así poder descifrar algo de su enigma a partir de su misma raíz.

## Los arquetipos de la angustia

Tanto en la perspectiva de Freud como en la de Kierkegaard, la angustia es desarrollada como un estado afectivo que surge a partir de experiencias originarias de la vida humana. Es por esto que, ambos autores tratan la angustia desde modelos arquetípicos: en el modelo freudiano, tenemos el “trauma del nacimiento”, mientras que, en el caso kierkegaardiano, tenemos al “pecado original”.

### El trauma del nacimiento como arquetipo de la angustia

En una primera instancia, Freud conceptualizó la angustia como la “trasposición de la parte cuantitativa de la moción pulsional reprimida” (Freud, 1900; 1905; 1915). Esto significa que la angustia surgía como consecuencia de la represión, ya que aparecía en el aparato psíquico como aquella energía residual que no lograba descargarse. En este sentido, cuando se concebía la angustia como la “trasposición” o “trasmudación” del componente cuantitativo de la pulsión reprimida, Freud estaba refiriendo a que la energía obstruida por la represión se convertía en angustia debido a la acumulación de tensiones que suponían todos los afectos que no consiguieron liberarse.

Tiempo después, Freud comienza a pensar que los estados afectivos, como la angustia, se pueden comprender como ‘la repetición de determinada vivencia significativa’ (Freud, 1917, p. 360). Con esta idea en mente, abandona la concepción de la angustia como un mero efecto de la represión para preguntarse por la situación originaria que hace emerger a este estado afectivo. En este contexto, Freud asigna al nacimiento el lugar de esa “vivencia significativa” donde la angustia se origina, ya que allí es donde experimentamos este estado afectivo por primera vez. Según Freud, la angustia del nacimiento es generada por el ‘enorme incremento de los estímulos’ (Freud, 1917, p. 361) y la ‘subversión económica’ (Freud, 1926, p. 142) que sufre el recién nacido al ser separado de su madre. Para comprender este primer encuentro con la angustia, podemos imaginar la abrupta transición que experimenta el neonato cuando es expulsado del ambiente intrauterino. Mientras que en el útero reina la tranquilidad y la satisfacción casi inmediata, en el nacimiento prevalece una serie de sensaciones abrumadoras y

estímulos perturbadores. Debido a esta tremenda conmoción energética y la incapacidad del recién nacido para procesarla, Freud concibe al nacimiento como un trauma, el cual terminará siendo fuente y modelo de la angustia. Esto quiere decir que, la angustia como estado afectivo encuentra su fuente originaria en la tensión y displacer experimentado en el trauma del nacimiento. Ahora, como modelo de la angustia, el nacimiento permite formular el tipo de instancia frente a la que surge este estado. Específicamente, Freud se refiere a la ‘situación de peligro’ (Freud 1917; 1926), una instancia que supone un ‘aumento de la tensión de necesidad’ (Freud, 1926, p. 130) ante la posible pérdida de un objeto amado. En el caso del nacimiento, el peligro es evidente: ser separado de la madre y sufrir el desvalimiento psíquico de perder la fuente de satisfacción.

Considerando todo lo expuesto, Freud conceptualiza la angustia como una “señal de peligro” (Freud, 1917; 1926), donde su manifestación afectiva cumple el propósito de advertir sobre la amenaza de una situación traumática o de desvalimiento. En este sentido, la angustia se comprende como señal en tanto anuncia la presencia de una amenaza, sea porque la situación recuerda a un trauma o debido a la posibilidad de perder al objeto amado (o perder su amor). Ahora, es importante destacar que, según Freud, esta señal no solo avisa sobre el peligro, sino que también se anticipa a él, expresándose como una expectativa que precipita la “situación de peligro” al presente, como si dicha instancia ya estuviera aquí.

Una vez establecida esta nueva conceptualización de la angustia, Freud distingue diferentes manifestaciones de este estado afectivo. En primer lugar, plantea la “angustia realista” (Freud, 1917), que surge ante un peligro exterior concreto (como encontrarse de frente con un animal salvaje) y cuya reacción afectiva va unida a cierta acción defensiva (como huir o luchar). Luego identifica la “angustia neurótica” (Freud, 1917), en donde la amenaza no es externa, sino que proviene del interior del sujeto. En este caso, es la pulsión la que se percibe como un peligro, ya que ceder a ella podría implicar la pérdida del objeto amado. En esta misma línea, en donde la pulsión se vuelve un peligro, también es importante considerar a la “angustia de castración” (Freud, 1926), en la que serán realizadas las dimensiones del deseo y la prohibición. En concreto, esta angustia se desarrolla a partir del complejo de Edipo (*Cf.* Freud, 1905; 1908), etapa en la que el niño comienza a sentir un profundo deseo amoroso hacia su madre. Ahora, a medida que crece este sentimiento, el infante empieza a percibir a su padre como una amenaza que podría

coartar la posibilidad del encuentro sexual con la madre a través de la castración. En este sentido, el niño sufre de angustia en tanto experimenta un deseo que se torna peligroso en función de la amenaza de perder su falo. Además, se introduce la noción de pérdida, ya que elegir entre el encuentro sexual con la madre o conservar los genitales implica renunciar a una de estas opciones.

Ahora, a pesar de las diferencias entre las distintas manifestaciones de la angustia, el arquetipo del nacimiento sigue siendo el fundamento de este estado afectivo. Por un lado, establece el tono afectivo desde el displacer y el aumento de tensión que sufre el recién nacido. Por otro lado, permite formular el tipo de instancia en la que emerge la angustia, esta es, toda “situación de peligro” en la que exista la expectativa de algún desvalimiento o la repetición de algún suceso traumático.

### El pecado original como arquetipo de la angustia

En la conceptualización kierkegaardiana (1982), la comprensión de la angustia se remonta al pecado original presente en el relato bíblico del Génesis. Según plantea Kierkegaard, previo a caer en el pecado, Adán se encuentra en el Jardín de Edén en un estado de inocencia y calma, pues su existencia no se enfrenta a ningún conflicto ni problema por resolver, de forma que su espíritu está “soñando” frente a la nada.

Ese sueño no duró mucho tiempo, ya que un día, mientras Adán descansaba, la tranquilidad de su espíritu es perturbada por el mandato de su padre: ‘No comerás del fruto del Árbol del Conocimiento del Bien y el Mal’. Según Kierkegaard, esta prohibición llega a romper con la placidez paradisiaca, despertando el espíritu de Adán a través de la posibilidad que ha develado la proscripción. Esto se debe a que la orden ‘No comerás del fruto’ supone el poder comerlo, de modo que recibir la imposición de un “no debo” también permite tomar conciencia de un “sí, puedo”. En este sentido, el despertar del espíritu ocurre cuando Adán comprende que si está la prohibición es porque existe la posibilidad de cometer el pecado.

Con esta revelación, Adán también descubre su facultad de elegir, ya que el mandato le obliga a decidir entre obedecer o pecar. Ahora, el problema de Adán es que no puede distinguir una diferencia significativa entre estas opciones, debido a que no es capaz de comprender el sentido de la prohibición. Su espíritu, aún en un estado de

inocencia, ignora las consecuencias que siguen al pecado, lo que le impide distinguir entre el bien y el mal, y, en última instancia, le imposibilita entender lo que significa transgredir la orden del Padre. No obstante, cuando el espíritu se encuentra con su ignorancia también logra reconocer que hay algo por saber; Adán no entiende el mandato, pero descubre que podría comprender su razón de ser. Además, como Adán ha tomado conciencia sobre su posibilidad de desobedecer, ahora puede hacer uso de su libertad para pecar y conocer el propósito de la prohibición.

En virtud de lo anterior, Kierkegaard propone que la angustia comienza a presentarse como la inquietud frente a la posibilidad que ha sido develada por la prohibición. En este sentido, el mandato adquiere un carácter angustiante cuando el espíritu despierta como un “ser posible” que ahora debe tomar una decisión ante el ‘No comerás del fruto’. También, surge la angustia ante un no saber qué hay detrás de la posibilidad de pecar; un saber que solo podrá alcanzarse si el espíritu hace uso de su libertad para traspasar la limitación impuesta por la prohibición.

En el caso de que Adán se vea tentado por aquel saber, su espíritu cruzará la limitación a través de su “posibilidad de poder”, y solo a través del propio pecado podrá aprehender el sentido del mandato, ya que desobedeciendo conseguirá distinguir entre lo bueno y lo malo. En palabras de la Biblia, ‘sabe Dios que el día que comáis del fruto prohibido, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal’ (Génesis 3,5). En este sentido, Adán solo podrá saber del bien y del mal una vez que caiga en el pecado, experimentando su “abrir de ojos” en el momento en que su espíritu sufra el “salto cualitativo” de la inocencia a la culpa. De esta manera, Kierkegaard plantea que es necesario transgredir el mandato para que el espíritu pueda comprender lo malo a partir de las consecuencias que siguen a la posibilidad proscrita. Además, una vez consumado el pecado, la culpa acompañará al espíritu para recordar las repercusiones del acto y así evitar la recaída en el pecado.

Considerando todo lo expuesto, tenemos que el arquetipo kierkegaardiano sitúa la angustia como el estado afectivo que revela nuestro ser posible. Esto significa que la angustia despierta al espíritu en cuanto la existencia descubre su obligación de elegir, ya que una vez escuchado el mandato no le puede ser indiferente: ahora debe decidir entre obedecer o pecar. De este modo, la angustia aparece cuando la existencia desvela sus posibilidades y el espíritu se percató de su ser posible. Ahora, es fundamental considerar

que dentro del campo de lo posible también estará presente la posibilidad de volver a encontrarse con el pecado. Más allá de los términos bíblicos, esto implica que, al confrontarnos con nuestras posibilidades, siempre será posible cometer errores, tomar decisiones equivocadas y recaer en la misma falta a la que alude el sentimiento de culpa. En ese sentido, se comprenderá por qué la angustia permite que el espíritu se conciba como una posibilidad en la que siempre aguarda el fruto prohibido.

¿Qué relación existe entre el trauma del nacimiento y el pecado original?

Examinados los arquetipos de la angustia, podemos observar que, en ambos casos, la angustia surge cuando somos arrancados del reposo debido a la tensión que supone ser expulsados del útero materno o ser desterrados del paraíso. En este sentido, los arquetipos comparten la concepción de la angustia en cuanto exista un lugar de reposo que corra peligro. Aquí, tanto el útero como el Jardín del Edén vienen a figurar una tranquilidad que posteriormente estará en riesgo debido a las amenazas que se imponen con el nacimiento o con el mandato divino.

Habiendo ubicado este lugar desde donde se origina la angustia, podríamos avanzar hacia la pregunta por la figura frente a la cual aparece este estado afectivo.

En Kierkegaard, fácilmente se podría identificar al padre prohibitivo como el objeto frente al cual la angustia aparece. Sin embargo, esta interpretación no es precisa, ya que la angustia de Adán surge ante la posibilidad de cometer el pecado, lo que remite a la acción de pecar y no un objeto que pueda ser determinado. En este sentido, Kierkegaard concibe que la angustia no tiene un objeto concreto, sino que, es un estado que aparece frente a una libertad que considera la posibilidad de cometer el pecado.

En el arquetipo freudiano, la angustia tampoco se desencadena ante un objeto específico, sino que más bien remite a la separación que está por darse en el nacimiento. Ahora, con la angustia de la castración también podría parecer que el padre se posiciona como el objeto de la angustia, ya que significando un obstáculo para estar junto a la madre (Cf. 1921; 1923), sería la figura más adecuada para fijar el estado de angustia. Sin embargo, es crucial entender que esta angustia no se manifiesta directamente en relación con el padre como objeto, sino que surge en función de la pérdida asociada a la castración. Es debido a todo esto que Freud especifica que ‘la «angustia» se refiere al estado y

prescinde del objeto, mientras que el «miedo» dirige la atención justamente al objeto' (Freud, 1917, p. 360). A partir de esta distinción, es posible concluir que en el marco freudiano tampoco existe un objeto determinado que provoque el surgimiento de la angustia. De este modo, nuevamente nos encontramos con la concepción de la angustia como un estado que no se desencadena ante un objeto específico, sino que aparece frente a la amenazante posibilidad de la separación o de la pérdida.

En este sentido, una relación que se puede establecer entre ambos arquetipos es que tanto Freud como Kierkegaard elaboran la angustia en torno a la tensión anímica que advierte sobre la posible privación. En definitiva, ambos esquemas comparten los mismos elementos constitutivos del estado angustioso: por un lado, el lugar de reposo, y por el otro, la posibilidad que amenaza con la expulsión de aquel sitio.

Además de lo anterior, otro factor fundamental que relaciona estos arquetipos es la concepción compartida de la angustia como un estado afectivo que siempre está retornando.

En Kierkegaard, la angustia se manifiesta de forma recurrente cada vez que descubrimos las posibilidades que se abren delante de nuestras vidas. Esto se debe a que, al adentrarse al campo de sus posibilidades, el espíritu se confronta constantemente con la oportunidad de volver a caer en el pecado. Como mencioné anteriormente, esto no se refiere estrictamente al pecado mismo, sino que también se puede interpretar como la posibilidad de equivocarse y recaer en el mismo error del pasado. En este sentido, la angustia se presenta reiteradamente ante la continua posibilidad de errar y reincidir en acciones que previamente resultaron perjudiciales.

En cuanto a Freud, tenemos que el acto del nacimiento instauro la tonalidad afectiva del displacer y la tensión que recurrirá a nosotros en cada momento que percibamos algún peligro inminente. Así como el recién nacido se percató de su desvalimiento psíquico a través de la angustia, nosotros reencarnamos este estado afectivo cada vez que advertimos la posibilidad de enfrentarnos a una pérdida o de encontrarnos con algún suceso de carácter traumático.

De acuerdo con lo anterior, ambos arquetipos desarrollan la angustia como un estado afectivo que persiste debido a la constante posibilidad de volver a caer en aquello que originalmente nos provocó angustia. En este sentido, la angustia guarda relación con

la posibilidad de repetir lo angustiante, esto es, de recaer en el pecado o reincidir en situaciones de desvalimiento.

Sumado a lo anterior, también es importante considerar el vínculo de la culpa con la angustia, ya que en ambos arquetipos se propone una relación entre estas nociones. En el caso kierkegaardiano, la culpa ocupa un lugar fundamental dentro de la conceptualización de la angustia, al punto en que el estado afectivo llega a ser formulado como la ‘relación de la libertad con la culpa’ (Kierkegaard, 1982, p. 132). Esto significa que, la angustia es un estado que se manifiesta a partir de una libertad que contempla la oportunidad de pecar y, por tanto, de volverse culpable. Ahora, también es importante recordar que, al abandonar el estado de inocencia, la culpa es la que nos permite discernir entre el bien y el mal, pues solo a través del pecado es que podemos realizar tal distinción. En este sentido, la culpa se relaciona con la angustia al revelar el pecado que se oculta tras la libertad y al advertir sobre el mal que podría acontecer tras concretar cierta posibilidad.

En el caso freudiano, no es tan evidente la relación existente entre la angustia del nacimiento y la culpa. No obstante, al prestar atención a las ideas que giran en torno al estado angustioso, podremos ir aclarando el rol que tiene la culpa en la angustia freudiana.

Ahora, cuando remontamos al acto del nacimiento, nos daremos cuenta de que no hay indicios de algún tipo de instancia culposa que pueda sufrir el recién nacido. Esto se debe a que, si bien la culpa puede instalarse desde cierta herencia filogenética, este sentimiento no aparece en el infante hasta el desarrollo del complejo de Edipo (Cf. Freud, 1923). Siendo más específicos, el sentimiento de culpabilidad surge como un estado de tensión entre el yo y el ideal (Freud, 1921), por lo que necesita que tanto el yo como el ideal estén desarrollados; de ahí la importancia del complejo de Edipo. En consecuencia, considerando lo recién mencionado, llegamos a la conclusión de que no podemos concebir la experiencia de culpabilidad en el recién nacido.

Ahora bien, no debemos olvidar que el nacimiento es solo el arquetipo de la angustia y no la angustia en sí misma. En este sentido, más que concentrarnos en el parto, debemos cuestionarnos por el lugar que la culpa podría tener en torno a la “pérdida de la madre”, o más concretamente, frente a la pérdida del objeto amado. Ahora, considerando que en el marco freudiano el sentimiento de culpabilidad ejerce como ‘expresión de la tensión entre el yo y el ideal’ (Freud, 1921, p. 124) y se ‘exterioriza como necesidad de

castigo' (Freud, 1930, p. 119), se podría suponer que la relación entre la angustia y la culpa se configura cuando, al no cumplir con el ideal, el sentimiento de culpabilidad nos castiga con la idea de que merecemos perder a nuestro objeto amado.

Basándose en estos planteamientos, la discusión podría dirigirse hacia la angustia de castración, ya que allí la relación con la culpa es mucho más explícita y directa. En ella, el complejo de Edipo vincula directamente la privación con la transgresión de la norma. De esta manera, la culpabilidad se manifiesta a través de la conciencia infantil que concibe su fantasía incestuosa con la madre como un deseo que debe ser reprimido. Esto se debe a que, de dar lugar al cumplimiento de este deseo, el padre castigaría al niño desde la privación de su falo. En este sentido, la angustia de castración se relaciona con la culpa en tanto exista conciencia sobre la pérdida en la que concluye el incumplimiento con la norma.

Considerando lo expuesto hasta ahora, se podría plantear que, tanto en la angustia kierkegaardiana como en la freudiana, el sentimiento de culpa es una carga que mantiene presente la amenaza de la pérdida. En la angustia kierkegaardiana, la culpa nos recuerda que en toda posibilidad podemos encontrarnos de frente con el pecado. De este modo, el sentimiento culposo hace de guía para no volver a comer del fruto prohibido, y, de tal forma, no ser expulsado del lugar de reposo. En la angustia freudiana, la culpa nos recuerda que, si no cumplimos con las exigencias del ideal, el castigo puede quitarnos a nuestro objeto amado.

### La introducción de la falta

Habiendo realizado el paralelo entre ambos arquetipos, creo importante destacar un último elemento en común, ya que este brinda un planteamiento que nos aproxima al enigma de la angustia. Dicho esto, el factor compartido que me gustaría proponer es que en ambos modelos la angustia puede ser interpretada como un afecto que revela un punto de no retorno en la vida humana. En el caso del nacimiento, este punto se puede concebir desde la manifestación de la angustia frente al irremediable despojo que sufre el recién nacido al ser separado de la plena satisfacción del útero materno. En el caso de Adán, dicho punto puede comprenderse desde el surgimiento de la angustia ante la expulsión de la absoluta placidez que reinaba en el paraíso. En este sentido, lo que busco destacar, es

que la angustia revela una instancia humana que no permite volver atrás: ni nosotros podemos devolvemos al útero ni Adán puede regresar al paraíso.

Ahora, ¿qué desvela este punto de no retorno? Para abordar esta interrogante, me parece útil recurrir a la noción de “salto cualitativo” que trabaja Kierkegaard (Kierkegaard, 1982). Según este autor, este “salto” ocurre cuando un acto logra introducir nuevas categorías a un determinado asunto, generando así, un súbito cambio en sus cualidades existentes. Por ejemplo, en el caso del relato bíblico, el salto cualitativo toma lugar cuando el pecado cometido permite inscribir la diferencia entre la inocencia y la culpa. Ahora, ¿qué tiene que ver el salto cualitativo con el punto de no retorno? Mi propuesta es que tanto el nacimiento como la proscripción divina producen un salto cualitativo que marca un momento crítico del cual ya no hay vuelta atrás. En concreto, creo que la separación de la madre y el mandato de Dios generan aquel salto al introducir la noción de “falta” dentro de nuestro aparato psíquico o espíritu.

En el marco freudiano, el nacimiento provoca que el recién nacido sea separado de su madre, de modo que la falta se incorpora a través de la privación de su fuente de satisfacción y la desunión con su objeto amado. A raíz de esta separación, el recién nacido se experimentará como incompleto y comenzará a moverse en función de este sentirse faltó. Esto se debe a que, como la satisfacción y el encuentro con el objeto amado ya no estará dado ni garantizado, el infante deberá emprender la búsqueda por sus propios medios. Una manifestación inicial de este movimiento se evidencia en ‘el rasgo de la falta de aliento’ (Freud, 1917, p. 361) que destaca Freud en la angustia del nacimiento. Esto porque, en el medio extrauterino, el recién nacido siente sus pulmones vaciándose de líquido, experimentando así esta “falta de aliento” que le impulsará a respirar para volver a llenar sus pulmones.

Con respecto a Kierkegaard, podemos pensar la introducción de la falta a través del anuncio de la proscripción divina. Concretamente, cuando Adán recibe la orden del Padre, la falta se presenta ante su espíritu a partir de una elección que aún no es tomada, esto es, como la decisión que falta por realizar. Desde aquí surge la necesidad de decidir, sea concretando la posibilidad de obedecer el mandato o sea transgrediendo la proscripción al comer del fruto prohibido. Esto nos llevaría a comprender por qué Kierkegaard plantea la angustia como ‘el vértigo de la libertad’ (Kierkegaard, 1982, p. 80), ya que este estado se manifiesta como un mareo que surge ante la proyección de

posibilidades que exigen ser concretadas. De esta manera, la intención de esta frase kierkegaardiana es asimilar la experiencia de la angustia con la sensación de encontrarse sobre un abismo y mirar hacia abajo. Desde aquella altura que se eleva sobre el precipicio, surge una ansiedad que se arrepiente de haber bajado la vista, pero una vez que la mirada se encuentra con el abismo, ya no hay vuelta atrás. Es lo mismo que sucede con la prohibición del padre: Adán al escuchar el mandato, no existe manera en que su espíritu pueda desoír la posibilidad revelada.

Además de lo anterior, la interpretación de Kierkegaard sobre el Génesis nos ofrece otra manera de introducir la falta dentro del espíritu. Esto porque, Adán no solo se encuentra ante la falta de elección, sino que también se enfrenta a una falta de saber ante las posibilidades abiertas tras la proscripción. Recordemos que el “estado de inocencia” impide que Adán sepa sobre el pecado y la distinción entre el bien y el mal, por lo que surge una ausencia de determinación frente a las posibilidades que contempla la libertad.

Con todo lo expuesto, es relevante destacar que la introducción de la falta emerge como un punto de no retorno en cuanto se constituye como un motor de arranque para el aparato psíquico o para el espíritu. Esto se debe a que, gracias a la existencia de la falta es que la vida humana comienza a moverse para tratar de suplir aquella carencia. En Freud, la separación de la madre llevará a que el recién nacido intente recuperar la satisfacción y a su madre como objeto de amor. En el caso de Kierkegaard, será la falta de elección la que exigirá actuar y tomar una decisión, así como la falta de saber hará que optemos por alguna posibilidad para así descubrir qué hay tras la opción seleccionada. En este sentido, pareciera que esta falta originaria pone en marcha algo de nuestra vida, sea a través de la búsqueda de la satisfacción o desde la decisión que debe tomar el espíritu.

En virtud de lo propuesto hasta ahora, mi lectura sobre el enigma de la angustia sugiere que bajo la manifestación de este estado afectivo subyace la introducción de la falta. Esto significa que la angustia primordial no solo advierte sobre los peligros del desprendimiento de la madre o el destierro del paraíso, sino que también revela la falta como un elemento constitutivo de la vida humana. En este sentido, la angustia podría ser concebida como un estado afectivo vinculado a la falta, ya que su manifestación nos pone de frente ante nuestra condición de estar faltos. De esta manera, algo que podría descifrar del enigma de la angustia, es que este estado afectivo aparece junto con el desvelamiento

de la falta originaria que arranca nuestro aparato psíquico (o que despierta nuestro espíritu).

### Otra angustia frente a la falta

Recapitulando lo recién planteado, tenemos que la angustia aparece en función de la falta que pone en marcha el aparato psíquico o que despierta el espíritu. Ahora, cabe preguntarse en qué sentido la falta estaría generando el arranque del aparato psíquico.

Para responder a lo anterior, me gustaría integrar a Lacan en la discusión, ya que su Seminario X (Lacan, 1962-1963) podría arrojar luces sobre esta interrogante. Para esto, lo que principalmente rescataremos de este escrito es la propuesta de que “el deseo es producido por la falta”, debido a que este planteamiento permite hipotetizar que el arranque del aparato psíquico es ocasionado en tanto la falta provoca el deseo que moviliza al sujeto. Así, se podría concebir que el motor de la subjetividad podría originarse en función de la falta que habilita el deseo.

De acuerdo con lo anterior, la separación de la madre es fundamental para constituir la falta que inaugura el deseo, ya que de no existir falta no habría producción de deseo. En este sentido, mientras Freud modela la angustia desde la separación respecto de la madre, Lacan va a proponer que es precisamente la falta de tal separación lo que induce la angustia. A partir de esta idea, Lacan sostiene que la angustia no tiene que ver con la ausencia de la madre, sino con todo lo contrario: su presencia envolvente que imposibilita la falta del sujeto. Es por esto que en el Seminario X nos encontraremos con lo siguiente:

Lo más angustiante que hay para el niño se produce, precisamente, cuando la relación sobre la cual él se instituye, la de la falta que produce deseo, es perturbada, y ésta es perturbada al máximo cuando no hay posibilidad de falta, cuando tiene a la madre siempre encima (Lacan, 1962-1963, p. 64).

En virtud de lo anterior, podemos notar que nos encontramos ante una nueva relación de la angustia frente a la falta, ya que si en Freud y en Kierkegaard teníamos que la falta provoca angustia, en Lacan tenemos que la angustia es generada la “falta de falta”. En

este sentido, la angustia lacaniana guarda relación con la obturación del deseo, esto en tanto la falta que produce el deseo se ausenta gracias a una madre omnipresente que impide la separación.

Para ilustrar lo anterior podría traer de vuelta el arquetipo de Kierkegaard, puesto que el ‘estado de inocencia’ previo al despertar del espíritu permite ubicar esta concepción de la angustia. Recordemos que, antes de la proscripción divina, el espíritu de Adán se encuentra dormido, pues aún no se puede concebir algún tipo de posibilidad donde la libertad pueda ser ejercida. En función de lo anterior, la inocencia del estado originario guarda relación con la ignorancia que desconoce el poder que habilita la posibilidad. Ahora, lo que permite establecer un vínculo con Lacan, es la angustia que reside en esta inocencia originaria:

En este estado hay paz y reposo; pero también hay otra cosa, por más que ésta no sea guerra ni combate, pues sin duda que no hay nada contra lo que luchar. ¿Qué es entonces lo que hay? Precisamente eso: ¡nada! Y ¿qué efectos tiene la nada? La nada engendra la angustia. Éste es el profundo misterio de la inocencia, que ella sea al mismo tiempo la angustia (Kierkegaard, 1982, p. 59).

¿Y cuál sería el vínculo de este estado con la angustia en Lacan? Básicamente, la relación se encuentra en que la angustia que tiene “nada contra lo que luchar” es la que finalmente se configura como la angustia ante “la falta de falta”. Esto se debe a que, tanto el paraíso como la madre que satisface y colma con su omnipresencia, no deja espacio alguno para el surgimiento de la falta. A partir de este punto, aparece la nada señalada por Kierkegaard, que por más “paz y reposo” que uno le suponga, a fin de cuentas no deviene en otra cosa más que angustia. De esta manera, la completitud paradisiaca termina provocando que la tranquilidad de que todo esté dado resulte en la inquietud de que nada haga falta. Entonces, si no se presenta la posibilidad del destierro del paraíso o la amenaza de separación de la madre, aquella nada engendrará angustia en tanto configura la falta de falta que obtura el deseo e inhabilita la puesta en marcha del sujeto.

## Conclusiones

A modo de síntesis, el análisis realizado sobre los arquetipos de Freud y Kierkegaard se puede resumir a través de la concepción de la angustia como un estado que advierte sobre la posibilidad de ser separados de la fuente de satisfacción, o, en otros términos, como un afecto que nos alerta sobre la amenaza de ser expulsados del lugar que nos hace sentir completos. A partir de lo anterior, he planteado que la angustia emerge en función de la posibilidad que proyecta la oportunidad de repetir la vivencia traumática de la pérdida. Sobre este punto, he precisado que la angustia no surge ante un objeto determinado, sino que, es un estado que se expresa como reacción ante la posible privación. Ahora, para mantener esta posibilidad latente, he situado a la culpa como la encargada de tener presente la condena del pecador, asociando así el comer del fruto prohibido con la expulsión del paraíso (o vinculando la transgresión del ideal con la pérdida de la madre).

Habiendo expuesto lo anterior, he señalado que la angustia es un fenómeno que determina tanto la configuración del aparato psíquico como el despertar del espíritu. Esto se explica gracias a Lacan, quien permite comprender que, subyacente a la separación de la madre o a la imposición de la proscripción divina, nos encontramos con la falta que habilita el deseo que nos pone en marcha. En definitiva, la angustia revela la introducción de la falta que moviliza el deseo, y con esto podríamos entender en qué sentido la angustia es parte del motor de arranque del aparato psíquico.

Finalmente, he ofrecido una última versión de la angustia, la cual contrasta con las concepciones de Kierkegaard y Freud. Esto porque, si con estos autores teníamos que la falta se manifestaba con la angustia, en Lacan nos encontramos con la angustia ante la ausencia de aquella falta. Así, mientras en Freud tenemos la angustia frente a la pérdida de la madre, en Lacan encontramos la angustia ante la presencia envolvente de la madre.

Ya para cerrar este escrito, propongo sintetizar lo expuesto a través del arquetipo del pecado original, ya que este sirve como un esquema sobre el cual poder ubicar las concepciones de angustia de Freud y Lacan. Esto porque, antes de la proscripción divina, el paraíso se presenta como un lugar que colma hasta que el espíritu se angustia al no tener “nada contra lo que luchar”. He ahí la ubicación de la angustia en Lacan: el paraíso como la madre omnipresente que no da espacio a la falta (ni al deseo). Posteriormente, la prohibición de comer del fruto prohibido permite concretar el acto pecaminoso que luego dará paso a la expulsión del paraíso. A partir de lo anterior, la angustia aparece configurada en función de la condena que amenaza con la pérdida. Y es justamente en

este punto donde podemos situar la “angustia señal” de Freud, ya que esta aparece como tensión anímica que advierte sobre la posible privación.

## Referencias bibliográficas

Santa Biblia. (1960). Reina-Valera. (Obra original publicada en 1569).

Freud, S. (1900). *La interpretación de los sueños*. Obras completas, vol. V, Editorial Amorrortu.

Freud, S. (1905). *Tres ensayos de teoría sexual*. Obras completas, vol. VII, Editorial Amorrortu.

Freud, S. (1908). *Sobre las teorías sexuales infantiles*. Obras completas, vol. IX. Editorial Amorrortu.

Freud, S. (1914). *La represión*. Obras completas, vol. XIV. Editorial Amorrortu.

Freud, S. (1917). *Conferencias de introducción al psicoanálisis*. Parte III. Doctrina general de las neurosis. 25° conferencia. Editorial Amorrortu.

Freud, S. (1921). *Psicología de las masas y análisis del yo*. Obras completas, vol. XVIII. Editorial Amorrortu.

Freud, S. (1923). *El yo y el ello*. Obras completas, vol. XIX. Editorial Amorrortu.

Freud, S. (1926). *Inhibición, síntoma y angustia*. Obras completas, vol. XX. Editorial Amorrortu.

Freud, S. (1930). *El malestar en la cultura*. Obras completas, vol. XXI. Editorial Amorrortu.

Kierkegaard, S. (1982). *El concepto de la angustia*. Editorial Espasa-Calpe.

Lacan, J. (1962-1963). *El seminario de Jacques Lacan*. Editorial Paidós.